

era pariente suyo en grado lejano, y se daban el nombre de primos. El matrimonio estaba arreglado desde el nacimiento de Clara. Siendo pequeña, se le decía: "Amale bien, será tu marido;" y á él, ya mas crecido: "Ruega á Dios por Clara, que será tu mujer." Llenáronse los deseos de entrambas familias: los niños se amaban como dos ángeles. No dejando nunca de pensar que se pertenecían el uno al otro, sus corazones no dieron entrada á otro afecto, ni existió entre ellos disimulo alguno.

Huerfanito y casi sin patrimonio, Fabio debió su educacion á la generosidad de los padres de Clara. Creándole magníficamente, aquellos buenos cristianos pensaban sin duda en su hija; pero al propio tiempo querian poner á Fabio al abrigo de un cambio posible en el corazón de la jóven, ó en el del mismo Fabio, á fin de que si Clara lo despreciaba, sus conocimientos le sirviesen de fortuna, y que sintiéndose rico y libre por efecto de su cultura de entendimiento, ningun cálculo le hiciese caer en la tentacion de casarse con otra de su gusto. Imaginaos los sentimientos de un alma que pudo adivinar y comprendia semejantes delicadezas.

En tanto que Clara completaba su educacion en las Salesas, Fabio, ya doctor en derecho, perfeccionaba la suya por medio de los viajes. No habia aún elegido una carrera. Tentábanle las letras; pero era tan sinceramente modesto, que desconfiaba de hacer en ellas cosa útil. Sus planes, pues, se limitaban á practicar á su alrededor cuanto bien podia, estudiando y sirviendo á Dios en la oscuridad, puesto que al parecer Dios

así lo queria. Sin embargo, no gozaba su alma de una paz verdadera; graves dudas asomaban en su entendimiento. Durante sus viajes, cuando visitaba algun célebre lugar religioso, cuando contemplaba ciertas miserias dolorosas de la Iglesia, se le habia ocurrido á menudo el postrarse y ofrecerse enteramente á Dios: —"¡Dios mio, exclamaba, amaros, serviros á vos únicamente!" Y aplicaba el oido, esperando como una voz del cielo y una mision. Nada percibia, ó habia creído no oír mas que vagos murmullos. Su porvenir estaba resuelto; lo aceptó como cosa seria, aunque dulce y seductora, y que venia tambien de Dios. Puso en él todo su ardor, y se dedicó enteramente á labrar la dicha de aquellos que tanto le habian amado, dándoles su vida como primera recompensa con la que el cielo coronaba la caridad que para con él habian ejercido.

Silvestre interrumpió al narrador:

—Amigo Luis, dijo, no olvidemos la verosimilitud. Si has hecho un fiel retrato de Clara, es una mujer cuya mano podria irse á pedir á lejanas tierras, aun cuando no se tuviese la seguridad de obtenerla, y bien podria uno por semejante prenda ponerse á labrar las tierras del buen hombre Laban. Cuarenta mil libras de renta por añadidura, forman un buen partido, sin contar que la casa entre patio y jardín es tambien una hermosa barquilla para bajar por el río de la vida! ¿Tu Fabio se decide, pues, á tomar todo esto? Se lo apruebo. ¡Pero él suspira y parece que tú le compadeces! No hay de qué....

—Me admiro constantemente, dijo Eduardo, de que este pintor sea tan aficionado á los anti-

guos maestros cristianos. Tú deberías ser de la escuela de Rubens, querido amigo; no puede haber cosa mas carnal que tu primer movimiento. ¿No concibes que el digno Fabio suspire un poco al encargarse de una mujer amable y de tantos cortijos, prados y bosques que forman su regalo de boda? ¡Hé aquí lo que se gana con no leer nada! Sepas que en los *en dozavo* y *en octavo* las cosas no pasan de distinto modo, y aprende á conocer el alma de los hombres de letras.

—Chanceaos, dijo Luis; os escucho hasta el fin; verémos si se trata aquí de literatura. Todos somos cristianos, de edad varonil, y demasiado apegados al mundo para poder desprendernos de él. Pero supongamos que somos libres, de algunos años menos de edad; supongamos que en vez de la cenagosa experiencia del mundo, tenemos la ingenuidad de la fé y aquella pureza que hace permanecer el alma por encima de las cosas de la vida; digo que experimentaríamos que la mitad por lo menos de nuestros votos se inclinan hácia aquellas hermosas renunciaciones, cuyo instinto nos queda, aun cuando hemos perdido el valor para cumplirlas. Es como un miembro amputado que á veces creemos poseer todavía; y conforme nos decia hace poco Eduardo del efecto de las mañanas de otoño, se resiente, como los inválidos, á los cambios de estacion. Pero te comprendo, Silvestre; ¿se puede amar á Dios con el mismo ardor, por lo menos, con que amas á tu arte, y además dar algun lugar en el corazon á muy legítimas afecciones? Pues bien, se te proponen rentas, una casa, una mujer amable, esa Clara de que nos hablas; la amas y eres

amado; lo eres hasta tal punto que quizá de tí dependa la felicidad de su vida: con todo, media una condicion en el matrimonio, y es que no podrás pintar mas ¿Qué dices á esto?

—La condicion seria dura, respondió Silvestre, y seria necesario pensarlo.

—Es decir, replicó Luis, que pretendes que puede necesitarse alguna resignacion para hacerse prisionero de una jóven de diez y ocho años, rica, virtuosa y amable. Lo pensarias dos veces antes de sacrificar la pintura, la música el arte y hasta el solo trabajo. ¿Qué será, pues, si se trata de no abandonar á Dios, cuya suposicion seria absurda, y no es este ciertamente el caso de Fabio, sino de abandonar el placer, tal vez vagamente entrevisto, de hacer á Dios un sacrificio completo, de entrar en la generosa vida de los Santos, de ir voluntariamente á los combates, al sufrimiento, á la cruz? No practicamos estas acciones, nosotros cristianos de apariencia, desazonados por todas las angustias del tiempo, que haríamos voluntariamente la abyecta súplica de Lutero, y que refunfuñaríamos si no tuviésemos mas que un pedazo de pan para comer. ¡Ah! tenemos horror á la cruz, pero hay almas que la quieren, que la desean, que la buscan. Y añado que estas aspiraciones no son tan estrañas, que alguna vez no las sintamos flojamente al volver á caer en nuestra molicie.

—Es verdad, dijo Andrés. El agua del Bautismo desarrolla en nosotros gérmenes sublimes; el espíritu del mundo siega con diligencia las flores nacies, pero quedan las raíces.

—Pues que se ha tratado de literatura, continuó Luis, me apresuro á deciros que la devocion de Fabio no tenia nada de literaria. En su alma la religion no era aquel pequeño terreno reservado, en que tantos rudimentistas entonan elegías. Se dirigia á ella con toda sinceridad. Amaba mucho á su novia, pero tambien se proponia llegar á ser un santo, y pensaba alguna vez que, emprendiendo el camino mas suave, tomaba tambien el mas seguro. Su fé le atormentaba con el deseo de mostrar á Dios mas generosidad. Por fin (y tal vez lo llamareis *poesía*, pero yo le daré otro nombre, porque soy respecto de la *poesía* como Silvestre tocante á la *virtud*; gústame la cosa y aborrezco el nombre á causa de los malos poetas y de sus malos prefacios,) por fin, Fabio apreciaba tanto la virginal pureza de Clara, respetaba tanto la angelical castidad de su corazon y de su amor, que la idea de verla y de amarla de otra manera le causaba no sé qué sensacion penosa, que le obligaba á cerrar los ojos. ¿Me comprendeis? Me abruma las dificultades de lenguaje que se me presentan. Hay cosas soberanamente nobles y puras que no se sabe cómo explicarlas á oídos franceses, llenos de feas repeticiones.

Despues de esto, y á decir verdad, Fabio tenia viente y cinco años, y se le ocurrian estas ideas en viaje, cuando se hallaba lejos de Clara. En definitiva, estaba enamorado, ella era dichosa, y se iba á publicar las proclamas de casamiento.

—¿Y Fabio no tenia antojo de arrojarse al agua? dijo Silvestre.

—Ninguno, replicó Luis. Con todo, mira encima de su mesa el libro que en este momento leia con una admiracion que sublevaba su pecho; era la *Exhortacion al martirio*, de San Cipriano.

La presencia de Clara produjo en Fabio el efecto acostumbrado. Era un cierto brillo que pronto hizo desaparecer á san Cipriano, á los Mártires y al resto del mundo. Pensaba de dónde podria la jóven venir tan temprano, cuando vió que entregaba á una camarera que la acompañaba, un libro y un vestido oculto debajo de su rupon. “Querida santa, pensó, ella ha visitado ya á Dios y á los pobres...”

—Perdóneme vuestro gusto, dijo Luis interrumpiéndose, este rasgo digno de la moral en accion, pero entramos en la historia, y se trata de ser exacto. Es verdad que Clara venia de visitar á un pobre. Cuando se refiere la vida de los cristianos, no puede faltar el pobre, y es menester estar preparado para encontrar estos vulgares incidentes. Fabio no se admiró de una cosa tan sencilla, ni quiso ocultar la emocion que le causara. Encantado de la belleza de la mañana, dió gracias á Dios por el rayo de sol que habia tambien enviado á alegrar la morada del indigente, y continuó mirando á su prima al traves de las lágrimas que asomaban á sus ojos. Vió que Clara, en vez de entrar en la casa, permanecia en el jardin; y pronto tuvo una especie de vergüenza de quedarse, como en contemplacion, en la ventana. Apagó la lámpara y emprendió de nuevo su lectura. Al cabo de algunos instantes, se apercibió de que el ruido de los pasos de Clara, que él no escuchaba, sofocaba no obstante la voz

de san Cipriano. Una atraccion irresistible lo condujo á la ventana. Clara continuaba allí paseándose, ó mas bien andando con aquella alegre actividad de la juventud, dichosa y orgullosa con la robustez que tiene. Fabio se hallaba ya impaciente en su cuarto, y buscaba un pretexto para bajara al jardin. No le faltaba algun á su modo de ver; y si hubiese podido reflexionar sobre lo que pasaba en su corazon, hubiera experimentado mucha pena al reconocer de qué provenia su turbacion de conciencia. Por fin halló que el aire podía ser frio y que se formaba en el río una niebla, á cuya humedad se exponia imprudentemente su prima. Satisfecho con este descubrimiento, creyó que debia advertir á Clara, y que no debia ser decoroso gritar desde la ventana. Al momento de salir, sus ojos se fijaron en un crucifijo de marfil, único y serio adorno de su cuarto. Se arrodilló dicienno: "¡Oh mi Dios! ¿qué os daré y qué me pediréis por tanta dicha?" Y partió como un pájaro á quien se abre la jaula, sin cuidarse de lo que Dios iba á pedirle.

—Vamos, dijo Silvestre, esto es inverosímil.

—¿Qué? preguntó Luis, ¿qué es inverosímil?

—Te veo venir, contestó Silvestre, hace una hora que nos preparas esto. Clara ha cambiado de amor, como una señorita de folletin. Va ha declarar al pobre Fabio que se irá á buscar al Nuevo y le dirá generosamente: ¡Tomaos la pena de entrar!

—Te advierto que me enfadas, dijo Luis; en el fondo eres flamenco.

—Yo á mi vez te advierto, dijo Silvestre, que ese género de mujeres pérfidas, está en uso, que tu Fabio vuelve á la *virtud*, y que el todo es inverosímil.

—No hay nada inverosímil sino tú, replicó Luis. ¿Se puede formar idea de un pintor que vea dibujar una iglesia y adivine que van á pintarse en ella los figurines del diario de las modas? ¿Por quién me tomas? ¿Crees tú que he estudiado el corazon humano en las novelas del año pasado? ¿Qué toque he dado al carácter de Clara, —apelo á Eduardo que entiende en esto,—que haya de suponer que esa amable jóven. . . .

—Si acabases tu historia, observó con blandura Andrés, la demostracion seria mejor, y tal vez nos iriamos almorzar,

—Es verdad, dijo Luis; mas creo que en lo sucesivo hariamos bien excluyendo á este pintor de toda conversacion seria.

Clara, pues, se sonrió al ver llegar á Fabio y tomó su brazo.

—“Sois un perezoso, primo mio, le dijo, y me he escandalizado de no veros á la misa esta mañana. ¿No sabeis que es hoy la fiesta de santa Teresa?”

—“En efecto, exclamó Fabio, lo habia olvidado, ¿Por qué no me lo habeis recordado, prima?”

—“¿Podia suponer que se olvidasen estas cosas, y que se durmiese á las seis de la mañana?”

—“¡Juicio temerario! No dormia. A las seis de la mañana, querida prima, estaba leyendo hacia tiempo, y con tanta atencion, que no he oido tocar á misa.

—“Hé aquí la ciencia; se estudia y no se ora. Teneis necesidad de que os reforme. Dejad hacer, os distraeré de la afición á los libros y os inspiraré la de las buenas mujeres. ¿Qué leéis bonito?”

—“El latín.

—“¿Que barbaridad! ¿Soy digna de aprender eso que se llama latín?”

—“Muy digna. Voy á leeros un trozo, y quedareis admirada. Es un tratado de san Cipriano, en que exhorta á los cristianos de su tiempo á sufrir el martirio.

—“¡Oh! dijo la jóven, riendo de buena gana, ¡qué obsequio! mi desposado se hace exhortar al martirio!

—“No es precisamente esto, replicó Fabio; pero lo confieso, en la embriaguez de mi felicidad necesito recordar esos buenos ejemplos, para no olvidar del todo que el destino del cristiano es sufrir, y que es menester estar siempre preparados á ello.

—“¡Pobre primo! dijo Clara, mal os va, porque me he propuesto formalmente haceros feliz. Ved lo que cuesta el faltar á la misa, aunque sea para oír á san Cipriano. Yo tambien, al levantarme, tenia el entendimiento cargado de no sé qué vapores. He orado, he comulgado, y estoy ya contenta. Si la desgracia se presentase á tres pasos de distancia, la esperaria á pié firme. En el convento se nos mandaba estar alegres. *Gaudete in Domino semper*; voy á hablaros tambien en latín. Si teneis la bondad de hallar que es grande vuestra felicidad, os aseguro que no me parece menor la mia. Amo, y soy bastante amada en

este mundo; amo todavía mas el cielo, y hasta el presente no tengo motivo para creer que allí sea aborrecida. La vida se me presenta como una série de prosperidades; por todas partes la tranquilidad, el afecto, la dicha. Algunas veces esto mismo me ha tenido inquieta, y he dicho en mis oraciones: Dios mio, ¿qué haré yo por Vos? Y de repente, recordando las palabras de santa Teresa; *O sufrir, ó morir*, me ha parecido ir al cielo por un camino extremadamente suave y florido.

—“¿Y bien? preguntó atento el jóven.

—“¿Y bien? replicó Clara, he pensado que no era culpa mia. He pedido á Dios que arreglase este asunto conforme á su voluntad, protestando que no opondria obstáculo alguno, y he vuelto á la consigna del convento: ¡Regocijémonos en el Señor! Agradezcámosle las gracias que hoy nos envia, esperando las pruebas por que puede hacernos pasar mañana, y por las cuales le daremos tambien gracias, y nos regocijarémos igualmente. Su misericordia es para mí una blanda almohada, en la que me duermo, pero completamente vestida, pidiéndole la única gracia de que me levante á la primera palabra, á la primera señal, aceptando anticipadamente las espinas de Jesus para esta frente que no ha llevado mas que flores.

—“¡Oh mi Dios! pensó Fabio, he aquí lo que enseñais á los niños y á las tiernas vírgenes!

—“¿Por qué espantarse de la prosperidad, mas que de la desgracia? prosiguió Clara; ni la una ni la otra son seguras al dia siguiente. En el convento tenia una religiosa especialmente encargada de mis secretos, á quien me quejaba de ser tan rica, tan bien parecida; de cumplir tan fácil.

mente mis deberes, y hasta de tener un primo tan bueno. “¡Bah, bah! me contestaba, todo esto es cosa de actualidad. Examinad tan solo si en medio de esos tesoros teneis la única cosa necesaria, es decir, la firme voluntad de obedecer siempre á Dios, y vivir en paz. Cuando lo hayais perdido todo, os quedará este tesoro, y lo reemplazará todo. No se necesita otra cosa.” Y podría tambien decíroslo en latin, sábio mio.

—“Sois, prima, mas sábia que yo; iré á vuestra escuela, y me enseñareis á ser santamente dichoso.

—“Sí, exclamó Clara con casto entusiasmo; santamente dichoso para serlo siempre, aun en medio de lágrimas, ¡hasta en un sepulcro! Abrazarémos con cristiano ardor todos los deberes de nuestro estado, de nuestra posicion, de nuestra misma felicidad. ¡Cuánto bien hay que hacer en torno nuestro! Este país está lleno de pobres. Serémos la mano bienhechora de la Providencia. Visitarémos á todos los desgraciados; yo los cuidaré y vos los convertiréis.

—“Tendréis tambien este cargo, Clara, pues la caridad es la que convierte. ¡Ah! ¡cuánto os amo y cuán bondadoso es Dios para conmigo!

—“Decid que es bueno para el mundo. ¿Dónde no brilla su bondad? Sobre la misma tierra prodiga maravillas que parece no tienen otro objeto que alegrarnos. ¿No parece una madre que se ha complacido en preparar la cuna de su hijo?”

Al pronunciar estas palabras, Clara paseaba su vista admirada por la bella y alegre naturaleza que les rodeaba.

—“Tomad, proseguió, presentando á Fabio una escabiosa que acababa de coger, os doy esta flor como un grande testimonio de las ternuras de Dios para con nosotros, y de mi eterno reconocimiento hácia El. Si no tuviese otro motivo por que alabarle que la inocencia y el perfume de las flores, esto seria bastante para inspirarme el himno sin fin que cantaré en el paraíso. Tienen su lenguaje las flores, y lo he comprendido mejor á medida que he ido entrando en años. Cuando pequeñita, les hablaba; sus suaves columpios parecia que me contestaban. Decíanme cosas inauditas la variedad de sus formas y colores. Creia que el perfume de los flores era una plegaria, y cuando las agitaba el viento, pensaba que hacian un esfuerzo para irse al cielo con aquella incesante plegaria. Entonces poníame á consolarlas. Despues que habíamos bien platicado, cogia aquellas que mas me gustaban, y ora las abandonaba hoja á hoja al viento, para que con mas facilidad pudiesen volar, ora las colocaba delante de la imágen de la Virgen santísima. ¡Me parecian tan felices con marchitarse á sus piés! Ahora ya nos les hablo, aun que alguna vez me vienen todavía tentaciones; el aspecto de las flores no ha dejado de encantarme y edificarme. Figúrome que son sonrisas de la bondad divina, como las estrellas: las unas han caido en la tierra, las otras se han quedado en el camino. ¡Cuántas veces al atravesar de mañana este sitio y al hallarlo todo esmaltado de estas divinas sonrisas, he dicho en mis adentros que Dios me advertia que fuese buena, sencilla, afable con todos, semejante á esas generosas flores que se abren en